

truirlo, más que en el cuento mismo, en todo ese bagaje de conocimientos y lecturas previos, de conversaciones y prejuicios con que se puso ante el libro. Así, los cuentos funcionan como desencadenantes de recuerdos y experiencias concretas, que son las que, llenando todos los espacios vacíos que dejó el autor, darán su verdadero sentido a la ficción. Cada cuento admitirá varias significaciones, aunque facilite una lectura preferida. La opción del lector es básicamente de carácter moral, a nivel de identificaciones no impuestas por el autor. Y éste es precisamente uno de los puentes más activos entre la literatura y la realidad. Una conexión que se suscita haciéndola salir del propio lector, que es el que añade las equivalencias y la función de lo real.

El escritor, gracias sobre todo a la ambigüedad de las distintas perspectivas —cada cuento es un espacio dramático, inscrito en una sola personalidad—, añadirá nuevos niveles de com- la literatura, y que tien-

prensión, imposibles sin den a hacer surgir ese estado de conciencia que buscan Víctor Mora y toda la literatura testimonial.

Desde la introspección al diálogo, desde la descripción estilizada a la narración escueta y fría, Víctor Mora domina los modos del lenguaje narrativo. A veces, en una prosa caracterizada sobre todo por su economía de elementos expresivos, aparecen esos tópicos subliterarios, que, de hecho, han condicionado la educación sentimental y estética de la mayoría.

Serán sentires cercanos al serial radiofónico, ramalazos folletinescos, metáforas masificadas por la fotonovela o la publicidad. Y su uso, tan poco sofisticado, tan equilibrado, sirve como contrapunto y complemento estrictamente realista, y al tiempo y sobre todo, como vía posible e inédita de comunicación con el gran público.

Lo fundamental, sin embargo, es que Mora no cae en la tentación de dar las cosas hechas. No moraliza ni juzga. Y

ésa es la diferencia central —aparte técnicas y selección de las historias— con lo subliterario. En el novelón de siempre, en el libro de bolsillo de tapas de colores, tras la conducta estereotipada de los personajes, se esconde un sistema de valores establecido, inamovible, también estereotipado, pero terriblemente activo en cuanto mensaje ideológico, en cuanto fijador de conductas lectoras. En este sentido, la ambigüedad de Víctor Mora es demoledora, sofocante, capaz de abrir abismos en el sentido común.

Por otra parte, sus héroes son, como los del café del primer cuento, hombres tristes, sin pizca del triunfalismo que llena la subliteratura. Son pequeños fracasados, hombres ahogados por el tedio o por las circunstancias, que, así sean verdaderos héroes, no encuentran la palabra, jamás dicen lo que les gustaría haber dicho. Que no son —no llegan a ser— lo que hubieran podido ser. Vidas que se tuercen, como casi todas. Y que al final se

mueren. El futuro, tan azul, límpido y previsto en las novelitas, aquí está extenuado por un presente de angustia, en unos cuentos anticipatorios y terribles como un aviso mortal. Todo, en fin, le separa de un género del que ha sabido tomar los medios imprescindibles para un experimento comunicativo acertado y justo. Que sólo necesitaría ser llevado verdaderamente a la práctica. Y que si no lo es, será seguramente, porque la comunicación masificada de ese subarte llamado popular es un maravilloso negocio editorial e ideológico, y los cuentos de Víctor Mora no servirían en absoluto a los intereses de ese mínimo grupo de editores «masivos». El pueblo, ese ente separado de la buena literatura, no tiene nada que ver en esto. ■ ROSA MARIA PEREDA.

**El espíritu y la tarta de crema**

Quisiera iniciar esta reseña formulando una

advertencia a mi no por improbable menos apreciado lector. En los cuatro años que llevo escribiendo estas notas para TRIUNFO, siempre me he referido a libros que, de un modo u otro, se me antojaban intelectualmente relevantes en el panorama editorial español. La discrepancia y la objeción, cuando han existido, fueron también maneras de mostrar interés por la obra en cuestión: la controversia es una de las formas más sanas de señalar aprecio en el plano intelectual, político, religioso, etcétera, por una persona o una idea. Sólo se contradice lo que, de algún modo, está ahí, con una cierta imperiosidad en su presencia; el resto es silencio, por muchas menciones honoríficas o distinciones académicas que alcance. Pues bien, hoy voy a permitirme hacer una excepción al elegir la obra de la que me dispongo a escribir esta semana: voy a reseñar un libro nulo, un subproducto cultural de infima categoría que ni merece ni resiste un debate teó-

rico medianamente riguroso. No se trata, por supuesto, de un caso único en la actividad editorial española: ni siquiera su abrumadora ramplonería logra sacarla de la vulgaridad y convertirla en excepción, aunque fuese monstruosa. ¿Por qué hablar de él, pues? Porque es una buena ilustración de una de las más fuertes tentaciones del espíritu, de su peligro mayor: la tarta de crema. Y porque su estulticia me ha deprimido de tal modo que quiero contárselo a ustedes.

El libro en cuestión lleva una pregunta por título: «¿Quién es el Gurú Maharaj Ji?» (1) y se trata de un conjunto de textos de exposición y difusión de las doctrinas de un maestro indio de poco más de quince años de edad, cuya secta alcanza, según se dice, los seis millones de personas en todo el mundo. No voy a realizar un estudio sociológico.

(1) «¿Quién es el Gurú Maharaj Ji?», Charles Cameron. Ed. Brujuna.

